

SABOR A  
CHOCOLATE



SABOR A  
CHOCOLATE



JOSÉ CARLOS  
CARMONA

punto de lectura



© José Carlos Carmona  
© De esta edición:  
Octubre 2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)  
Teléfono 91 744 90 60  
[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2361-1  
Depósito legal: NA-2.075-2009  
Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección: Más!gráfica

Impreso por Rotativas Estella, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A todas las generaciones  
anteriores a la nuestra,  
que con su trabajo y esfuerzo  
consiguieron que llegáramos a existir.*

Agradecimientos:  
*A todos los que salen  
nombrados en esta obra.*



«Todo jugar es un ser jugado.»  
«El misterio divino de la vida es su sencillez.»  
HANS-GEORG GADAMER  
*Verdad y método.* 1960







Eleanor Trap dirigía una fábrica.

Una fábrica de chocolates en Suiza.

Eleanor Trap descendía de una familia de húngaros americanizados que modificaron sus apellidos al llegar a Estados Unidos en tiempos de la Ley Seca.

Eleanor Trap cojeaba de su pierna derecha desde la infancia. Su tío Adrian Troadec la invitó a Suiza en los años sesenta.

Eleanor tenía 23 años cuando vio por primera vez la Europa de sus antepasados.

No sabía que el chocolate cubriría su vida desde aquel instante.

Cuando llegó a Suiza en su primer viaje adulto en avión, vomitó sobre suelo helvético. Se juró no volver a viajar por aire en toda su vida. Eleanor Trap no cumplió su promesa.

En el aeropuerto la esperaba Adrian Troadec. Tenía un enorme bigote con las puntas enroscadas. Ésa fue la primera imagen de su tío Adrian: unos enormes bigotes enroscados, en un cuerpo alto y poderoso, cubierto por un sombrero verde con una plumita.

Eleanor Trap sintió miedo. Estaba por primera vez sola. Estaba por primera vez en un país extranjero. Y estaba por primera vez con su tío Adrian. Adrian Troadec.

Eleanor Trap comprendió rápidamente que, a pesar de sus recelos, Suiza era la tierra más bella del mundo.

Era 1963. Otoño de 1963. Martin Luther King acababa de proclamar al mundo: «Tengo un sueño».

Eleanor tenía 23 años.

Adrian Troadec llevó a Eleanor a ver la pequeña fábrica de chocolate donde habría de trabajar.

La sonrisa del tío Adrian se iluminó por primera vez debajo de sus bigotes mostrándole la pequeña fábrica de chocolate.

Adrian Troadec era viudo sin hijos.

Eleanor supo que aquella fábrica sería suya.

Con el poder que da saberse dueña de todo lo que había frente a sus ojos, metió el dedo en el chocolate y lo probó. Le resultó ácido y amargo.

—¡Que le añadan más azúcar! —sentenció Eleanor.

Adrian Troadec sólo guardó silencio. En ese momento comprendió que acababa de comenzar su jubilación. Mirando a Eleanor, contemplando su fuerza y determinación, le embargó la nostalgia y le inundó el recuerdo vivo de su mujer, Alma.

Alma Trapolyi tocaba el violonchelo en la pequeña orquesta de la escuela intermedia. Era 1922, los fascistas marchaban hacia Roma. Alma Trapolyi tenía 16 años. Adrian Troadec observó que destacaba entre todas.

Para él destacaba entre todas.

Pero tardó años en llegar a conocerla. Desde entonces acudió a todos los conciertos de la escuela intermedia y más tarde, cuando ella concluyó sus estudios, la estuvo buscando en las otras pequeñas orquestas de la ciudad hasta que la encontró en la orquesta del Conservatorio. Adrian Troadec, entonces, era sólo un jovenzuelo alto y desgarbado que vendía leche puerta a puerta y que olía siempre a vaca.

El joven Adrian Troadec lo intentó todo para conocerla.

El joven Adrian Troadec era muy metódico y concienzudo y elaboraba planes siempre a largo plazo. Para conocerla, pues, intentó aprender también violonchelo en una escuela de música, pero los profesores, por su altura, le aconsejaron que tocara el contrabajo. En sólo un par de meses el maestro de música le dijo que lo abandonara, que su oído no se llevaba bien con la afinación temperada.

Tras la desolación de este primer intento, procuró conseguir un trabajo en el Conservatorio como mozo, un trabajo que —pensó— le daría la posibilidad de rondar por el escenario y los ensayos de la orquesta. Pero nunca había un puesto para él ni para nadie.

Un día, repartiendo leche, reconoció al Director de la Orquesta del Conservatorio y a partir de aquel día intentó entablar conversación,

pero sin saber por qué nunca llegaba a cruzar más de cuatro palabras con el maestro.

Una mañana que no estaba el Director pudo entrar hasta la cocina. Al pasar ante la puerta del salón de la gran casa vio un tablero de ajedrez con una partida empezada.

—Aprenderé a jugar al ajedrez —se dijo.

El joven Adrian Troadec llegó al ajedrez por amor. El ansia de amor fue su primer maestro.

Su segundo maestro de ajedrez fue Alejandro Alekhine, vencedor del primer campeonato soviético en 1920 y recién llegado a Lausanne.

Alejandro Alekhine preparaba el campeonato del mundo en la paz de la tranquila Suiza y daba clases a cuenta del Cantón de Vaud, que lo mantenía en espera de beneficios posteriores.

Alejandro Alekhine intuyó una fuerza oculta en la mirada del joven Adrian Troadec y lo preparó paciente y meticulosamente, casi hasta la extenuación, durante los siguientes tres años. Hasta que consiguió hacer de él el campeón de Suiza.

Después, Alejandro Alekhine abandonaría Suiza para ganar el campeonato del mundo en 1927, corona que mantuvo hasta 1935 y que volvió a recuperar dos años más tarde y mantuvo hasta su muerte en 1946.

Alejandro Alekhine —diría más tarde Adrian Troadec— le obligó a hacer un gambito de dama.

Sacrificó tres años de su vida para conocer a un hombre que quizás podría abrirle las puertas para conocer a una mujer que quizás podría estar interesada en él.

Y le salió bien la jugada: no sólo conoció al Director de la Orquesta y se hizo su mejor compañero de juego sino que Alma Trapolyi resultó ser su hija, y por ganar el campeonato nacional de ajedrez pudo dejar su trabajo de repartidor y dejar de oler a vaca.